

LUIS MERINO REYES

EPILOGO

A NADIE AMAS y por eso buscas
en mi agrio pecho tu refugio inasible
y yo que huyo por tu abierta mirada,
de la tutela y la ternura,
del sitio de mi propia mesa,
de moralistas y consejeros,
del hastío de los feroces parientes,
recojo en mi mano tu iris bravío.
inútil, empecinada perla.

Y río a solas contigo, cuando te desnudas
y el vaho de tu cuerpo, sube hasta mí y me envuelve,
como imantada y tibia atmósfera.

A eso hemos llegado, después de tantos años,
de iniciar tantas cosas,
de tener otros hijos
y de ahogar los nuestros
con la pupila fría y el labio firme y mudo.

Pero vamos tú y yo por las horas del día,
indiferentes, ajenos, diestros en la sabia mentira,
sedientos de un minuto, del instante
en que la mutua soledad nos ampara
y yo te amo con mis viejos colmillos
y acaricio en tu rostro

la extenuada arruga que te dejaron los años
y el sordo asedio de los otros.

Eso es todo, mi amor, yo me resigno
con tu mirada cruel, con tu jadeo
que parece buscar la muerte en mi respiro,
con tu celo sonámbulo, con tu odio,
y cuando tú no estás, entre estos lienzos
muertos sin tu aroma,
me enfrento con tu imagen suspendida en el muro.

Quiero entender tu extática mirada,
inmóvil en un lejano fluir del tiempo,
rasgada por otros sueños,
por el flujo de otros recuerdos,
ciega frente a un abismo
que ahora ya has medido,
sin sospechar que en una sombra
de tu ardiente camino,
te aguardaría yo de nuevo,
con mi beso,
con mi voz afinada
en la premura de tu oído.